

San Juan de la Cruz, el medio fraile

José María B Herrera Hiraldo
Catedrático de Lengua española. Jubilado

San Juan entra en prisión en el año 1577. La lucha por la reforma carmelitana le hizo sufrir mucho. Los calzados sospecharon de sus teorías animistas. Un buen día un grupo de calzados ayudados por hombres de fuerza lo cogieron y lo encerraron en el convento carmelita de Toledo, donde sufrió toda suerte de humillaciones, privaciones espirituales y materiales y violencias físicas. Al cabo de ocho meses de prisión consiguió evadirse, y con auxilio de santa Teresa encontró asilo en el monasterio de Almodóvar del Campo. Poco después fue reconocida la existencia de los Descalzos como provincia independiente. San Juan entonces se dedica a sus fundaciones y a sus tareas literarias. Fue elegido prior de diversos conventos y visitador de Andalucía donde vivió sus últimos años.

En 1579 le nombran rector en Baeza. Posteriormente, en 1582 lo hacen prior del convento de Los Mártires en Granada. Duró hasta 1585. Seis años, desde el 1582 al 1588, pasa San Juan de la Cruz en Granada como prior del noviciado carmelita de los Mártires; años de indudable asentamiento emocional y fertilidad creativa que sean quizá con mucho los más tranquilos y felices de este santo carmelita que sufrió penalidades sin cuento, fríos y calores de todas clases y hasta «algún hambre» y salió vivo por los pelos de la persecución de sus propios correligionarios, los carmelitas ‘calzados’. Es un periodo de vida de extraordinarios frutos: Baja a confesar a las monjas descalzas, establece un hilo relacional muy sutil, en particular con Ana de Jesús y con el resto de conventos de la región y ese clima de contemplación y oración interior produce un sosiego espiritual tan generoso que aquí culmina su obra, al menos la que nos ha quedado, a todas luces escueta y cercenada por las persecuciones inquisitoriales que sigue sus pasos con denuncias anónimas y obliga en un intento de «evitar pruebas» a quemar toda esa correspondencia fluida que el santo ha ido enviando a cuantos conventos se lo solicitan con poemas para las fiestas conventuales o acontecimientos internos como profesiones o efemérides. Quizá algún otro poemario hoy desconocido se perdió entre aquellas llamas. Treinta y una estrofas traía ya hiladas del presidio toledano, aprendidas de memoria y cantadas a la par para evitar el olvido y aquí, en los Mártires, se moldean definitivamente en forma de “Cántico espiritual”, -me decía un Emilio Orozco emocionado- al tiempo que nacen otras como “La noche oscura del Alma”, “Subida al monte Carmelo”, “La llama de Amor Viva”. Si este material se salva de la persecución inquisitorial es por la estricta vigilancia que de ellos hacen las hermanas confesas, en particular

Ana de Jesús, albacea de algunos de estos poemarios transidos de emoción y sensibilidad hechos al calor del “Cantar de los Cantares” de Salomón, pero que recogen también -en sabia elaboración- todas las nuevas artes de componer del Siglo de Oro y sus influencias del “dolce estil nuovo” de Petrarca, tanto como la poesía oriental de origen arábigo-andaluz y las exégesis estrictas del misticismo de Abén Arabí de Murcia, por ejemplo, siempre en la ejecutoria y el cuidado de no chocar con la ortodoxia Tridentina.

Sin embargo, todavía faltaban más penalidades: por diferencias de opinión en la reforma; en el Capítulo de la Orden de 1591 se le depuso de sus cargos y tuvo que sufrir penosas humillaciones; debajo de su almohada estaban las cartas de deposición sin abrir. Para colmo en su viaje hacia el sur enferma de «calenturillas». Por algún tiempo estuvo prácticamente confinado en el monasterio de La Peñuela, en la soledad de Sierra Morena. Fray Juan de Yepes va enfermo, con la pierna izquierda hinchada. Tiene fiebre. La mula conducida por un arriero de la Mancha dice de no seguir más. Fray Juan pide descansar en el monasterio. Le abren la puerta fray Junípero y fray Alonso. Está inapetente. Pide que escriban al prior de Madrid para que le dejen hasta la curación. Al día siguiente decide llegar hasta Úbeda. Por fin con la ayuda de jumentos de una dama rica de Úbeda consiguió llegar a esa ciudad. Quiere ir a cantar maitines al cielo. El camino es por Vilches y por Arquillos, por entre hondonadas que alivian el calor, cerca del río Guadalén. Ya conoce fray Juan estos parajes cuando era rector de Baeza. Camino de Úbeda manda recoger unos espárragos, que aparecen por ensalmo y que serán la cena de la noche en Úbeda. Se descubre a lo lejos el macizo verdoso de la sierra de Cazorla y, en lontananza, el blanco macizo de Sierra Nevada.

El padre Crisóstomo, el prior, lo recibe con mala cara. En alguna ocasión había recibido reconvenciones de fray Juan por ser tan riguroso en sus formas de educar a los novicios. La excusa era que el convento no tenía dinero para curar al enfermo. Pero en el fondo había envidia por la fama de santo de que gozaba el fraile huésped. Para los calzados, apegados al poder, entre quienes la pobreza brillaba por su ausencia, los casos de inmodestia, abusos y degeneraciones andaban a luz del día; estos descalzos eran unos reformadores peligrosos. Y algunas causas pendientes con la Inquisición que les pisaba los talones por sus orígenes hebraicos o sus supuestos desvíos iluministas o judaizantes, que ambas acusaciones iban a la par en muchos casos.

Varios señores de Úbeda conocen la situación. Un doctor le cura diariamente. Se difunde por la ciudad que las vendas de cura huelen a rosas. Alguno asiste en secreto a curaciones y revela que el fraile no manifiesta dolor sino dulzura. La pierna va desapareciendo a base de sajas. Las llagas llegan a la espalda. Los frailes asisten, entre salmos y cánticos

corales a las últimas horas. Fray Juan de Yepes regala su hábito y quiere irse al cielo, entre rezos, suspiros y miedos de los asistentes. San Juan ha dado a la caza alcance.